

# Fundamentalismo económico y destrucción de la naturaleza

ARMANDO  
GAMARRA G.\*

Desde el siglo XIX el neoliberalismo económico y el marxismo dogmático han sido los modelos económicos dominantes. Es lógico pensar que debe haber un nexo entre la destrucción de la naturaleza durante ese tiempo y dichas teorías económicas, así como que esa relación constituye un aspecto básico de la problemática ambiental. Cabe proponer una interpretación simple de ese vínculo: las teorías marxista y neoliberal se basan en modelos demasiado simplificados de la realidad, por lo que resultan incompatibles con el mundo real, cuya complejidad, al impedir la previsión y el control, choca de lleno con el paradigma economicista, basado justamente en ambas características.

El modelo economicista, por tanto, sólo puede verificarse si se transforma el orden natural en uno deliberado y racionalmente construido. Sin el constreñimiento de leyes estrictas de protección ambiental, los partidarios de tales ideologías afrontarían la complejidad de la naturaleza mediante una simplificación forzada que la llevaría a una completa destrucción. Ante las condiciones de extrema complejidad, ignorancia, incertidumbre e irreversibilidad que envuelven a los problemas ambientales, ninguna de aquéllas puede definir políticas adecuadas de protección ambiental. No se trata de una limitación técnica remediabile, sino más bien de que ambas ideologías se fundamentan en una concepción mecanicista y reduccionista del mundo, con una brecha irreductible entre la percepción de éste y la realidad.

\* Profesor de la Universidad Nacional de Salta, Argentina  
<gamarra@unsa.edu.ar>.

## LA REALIDAD COMO SISTEMA

La aspiración última de los físicos de partículas elementales es ambicioso: construir una teoría unificada capaz de subsumir todas las leyes de la naturaleza en un modelo único, con el cual se podrá describir toda la realidad mediante unos cuantos principios que regirían todas las interacciones. Tal modelo constituiría una *teoría de todo*, que permitiría calcular el comportamiento de átomos, estrellas y hombres. Pero los filósofos, y cada vez más científicos, no están seguros de que la realidad circundante sea tan simple. Antes bien abrazan la hipótesis ontológica opuesta: la realidad no tiene nada de simple y constituye una entidad irreductiblemente compleja. No se trata de un bloque sólido y homogéneo de partículas elementales, sino que debe verse como un sistema compuesto de muchos niveles entrelazados jerárquicamente y en interacción continua. Cada uno de ellos se caracteriza, además, por obedecer ciertas leyes propias.

Se pueden reconocer cuatro niveles: el físico, el biológico, el psicológico y el social.<sup>1</sup> La realidad se presenta así como una estructura jerárquica, concepto que se entiende mejor con la analogía de Simon.<sup>2</sup> La realidad es como un conjunto de cajas chinas: al abrir cualquiera, se hallan otras más pequeñas y así de manera sucesiva hasta llegar a las partículas elementales. Los niveles se dividen en subniveles y éstos, a su vez, en otros menores y así indefinidamente. Cada nivel tiene propiedades emergentes que no existen en los inferiores, ni tienen significado o referente en ellos. La noción de forma, por ejemplo, carece de significación en las partículas elementales.

Los problemas ambientales dimanar de la interacción de dos grandes subsistemas: el económico-social y el ecológico. De esa relación surgen nuevas realidades, pues cuando se vinculan dos o más sistemas complejos, aparecen interdependencias. Al acoplarse, además, se desarrolla una red de vínculos que configura una trama de gran complejidad. Esta última, por tanto, no sólo es inmanente al mundo natural, sino también absolutamente necesaria.

## COMPLEJIDAD, INDETERMINACIÓN Y COEVOLUCIÓN COMO CATEGORÍAS DE LO REAL

La convicción del derecho humano a dominar y controlar lo natural se originó en la cosmovisión judeocristiana y en las interpretaciones radicales del pensamiento iluminista.

1. Mario Bunge, *La investigación científica*, Ariel, Barcelona, 1985.

2. Herbert Simon, "The Organization of Complex Systems", en H.H. Pateé (ed.), *Hierarchy Theory: the Challenge of Complex Systems*, G. Braziller, Nueva York, 1974.

Tales creencias se aceptaron como válidas hasta principios del siglo XX, cuando las ciencias y la filosofía comenzaron a confrontarse con la complejidad ontológica. El desarrollo de nuevas técnicas para estudiar la naturaleza, como la dinámica no lineal, la teoría del caos y otras, demostró que en un examen a fondo y en detalle los fenómenos naturales no se pueden describir mediante las simples relaciones lineales postuladas por la ciencia clásica. La complejidad y la indeterminación, lejos de ser anomalías, son categorías inmanentes a lo real. La simplicidad, en cambio, es sólo una invención de la mente humana.

A las cosas de difícil comprensión se les denomina complicadas o complejas, términos usados como sinónimos. Para afinar el lenguaje descriptivo, sin embargo, es útil establecer una diferencia. Los sistemas complicados y los complejos tienen en común estar formados por muchas partes, pero en los primeros éstas se interrelacionan en una forma relativamente laxa y el todo no es más que la suma de sus partes; los sistemas realmente complejos, en cambio, se caracterizan por que la interacción de sus partes es tan fuerte que da lugar a la aparición de nuevos fenómenos y capacidades, como la autoorganización y el autocontrol.<sup>3</sup>

Los físicos definen un sistema complejo con base en tres rasgos: la composición por muchas partes que se interrelacionan de una forma complicada; un comportamiento que oscila de lo ordenado a lo aleatorio, pero ni lo uno ni lo otro por completo, y la presentación de una jerarquía de estructuras. Esta definición, empero, no es lo suficientemente comprehensiva para el caso de los sistemas ecológico-económicos.

Cuando los humanos u otros seres se relacionan en sociedades, aparecen los fenómenos de la participación multitudinaria. Ésta suele ser asincrónica, dependiente de la historia previa y aleatoria, lo que encierra una indeterminación infranqueable respecto a los resultados finales de cualquier proceso histórico. Los sistemas ecológico-económicos deben verse no como entidades estáticas, sino como blancos móviles con muchos futuros posibles y cuyo estado final dependerá de todo lo que ocurrió antes. Se vive y se vivirá siempre en un mundo complejo, indeterminado, históricamente condicionado, lleno de incertidumbres y donde el cambio y lo nuevo se entrelazan con el presente y el pasado.

La perfecta determinación no se puede alcanzar en el mundo real. La idea de ella se basa en la hipótesis de que siempre debe haber una relación lineal entre causa y efecto. Esta idealización es característica de la perspectiva cartesiano-analítica del método científico. Para aplicar la metodología cartesiana, en efec-

3. George Poon, "Controlling Complexity", *Physical Review Letters*, vol. 75, Nueva York, 1995.

to, se empieza por construir el llamado *objeto científico* u *objeto modelo*, el cual no es más que un esbozo del objeto real en estudio. Por ejemplo, el objeto científico de la mecánica newtoniana es el *punto material*, un ente tan simple que sólo posee masa. Obviamente se trata de una idealización porque en la naturaleza no existen puntos inextensos. En el mundo analítico artificial, en extremo simplificado y con nexos mínimos con la realidad, las expectativas del determinismo pueden ser legítimas. Pero únicamente si se afinan las herramientas exploratorias y se incorporan más elementos de la realidad, los modelos podrán representarla de manera integral. Sólo entonces la naturaleza desplegará la complejidad ontológica, en forma del caos, las bifurcaciones, la histéresis, los equilibrios múltiples, etcétera.

La marcha triunfal de la ciencia moderna comenzó cuando se desligó de las totalidades y su complejidad, para concentrarse en disgregar mentalmente al mundo en partes simples, en la construcción de modelos ideales, en los aspectos parciales y en las causas inmediatas, es decir, cuando abandonó los objetos reales por los objetos modelo. Cuando se aplica para describir objetos simples, el triunfo del método cartesiano es evidente. Pero resulta difícil justificar la pretensión de extenderlo acríticamente a realidades, como el sistema ecología-economía, saturadas de complejidad.

### LA PREEMINENCIA DE LA TEORÍA

**E**l sistema economía-ecología es una entidad muy compleja, caótica, multidimensional e indeterminada. Esta percepción del mundo difiere mucho de la propuesta por el análisis de sistemas. Tan importante como marcar esa distinción es tener en claro que esa cosmovisión da lugar a políticas y acciones distintas en relación con la naturaleza. Por cosmovisión se entiende la totalidad de interpretaciones propias acerca del mundo y el papel propio en el mismo. Se trata de un concepto metafísico pero, una vez que se establece, la cosmovisión se torna fundamental pues ella dirige la acción. En este ensayo se intenta demostrar la correlación existente entre una cosmovisión particular del mundo, a la que se denomina fundamentalismo económico, y la destrucción de la naturaleza. Si se acepta que los problemas ambientales son una consecuencia de la interacción entre la economía y la ecología, resulta necesario establecer dos conexiones: una entre la economía y el fundamentalismo económico, y otra entre éste y la ecología.

La teoría empirista de la lógica de la ciencia afirmaba que los hechos objetivos, conocidos empíricamente y en forma independiente de cualquier teoría, serían los únicos capaces

de garantizar la validez y la objetividad de las teorías científicas. Esta tesis ha sido ya abandonada por los científicos.<sup>4</sup> Ahora se acepta que el conocimiento (teorías sustentadas) y las presuposiciones (visión del mundo) también desempeñan un papel fundamental. No existe, sin embargo, una dicotomía entre la teoría y la práctica; éstas son inseparables: la teoría guía a la acción, pero a su vez ésta orienta a la primera.

En el mundo actual se presentan, en los términos más generales, dos características sobresalientes: una es lo que Weber denomina espíritu del cálculo racional, es decir, la preeminencia de la racionalidad instrumental; la otra, el dominio del hombre sobre la naturaleza por medio de la técnica y de dicho cálculo racional. Tanto el dominio sobre la naturaleza cuanto la técnica son competencias de la práctica y ésta marcha siempre a la par de la teoría, por lo que cabe preguntarse ¿cuál es la teoría, es decir, la visión del mundo que ha hecho posible esa práctica? Se trata de lo que Valke llama la actitud parcelaria frente a lo real, o sea, la visión *analítica* del mundo.<sup>5</sup> Esta actitud nació en Grecia, pero con las contribuciones de Descartes cobró en definitiva la forma del método analítico propio de la ciencia; el racionalismo sólo contribuyó a consolidarla.

Para vincular estrechamente cosmovisión, tecnología y dominio, basta establecer como axioma definitorio que la función *única* de la economía debe ser la provisión de bienes materiales. Muchos economistas ortodoxos así lo creen. Krepes, por ejemplo, afirma que la categoría básica de la economía es el individuo consumidor y maximizador de bienes materiales. Afianzar los vínculos exige establecer dos conceptos fundamentales más: el de orden económico y el de sistema económico aislado. El orden económico es un conjunto de normas y valores cuya función es prescribir y condicionar rígidamente las acciones de todos para dirigir las al desiderátum único de la provisión de bienes materiales. El concepto de sistema económico aislado, encarnado por una teoría económica *pura*, o *positiva*, se encarga de suministrar la base científica y la racionalidad que permiten legitimar los dos conceptos.

Para cerrar el círculo de dominación y control es menester una tecnología que permita dominar a la naturaleza y convertirla en un bien u objeto económico. De esa manera se llega al escenario siguiente: la visión del mundo debe estar vinculada a la teoría económica, en el sentido de que ésta debe determinar por completo a la primera. Pero ya que una cosmovisión no es otra cosa que un sistema de presupuestos

4. Herbert Brown, *La nueva filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1985.

5. Louis Valke, "El pensamiento occidental y el auge tecnológico", *Perspectivas en ecología humana*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1976.

acerca de la realidad, se deduce que lo económico debe ser lo único real. Esta visión economicista del mundo es peligrosa, ya que termina por crear una red de lazos de retroalimentación entre los conceptos de tecnología, sistema económico puro y orden económico, que se establecen como un sistema deductivo circular mediante el cual se justifican mutuamente. En esas condiciones el complejo economía-tecnología se vuelve un ente autónomo, anárquico y sin otra finalidad que la de reproducirse a sí mismo, una especie de cáncer para los hombres y el ambiente. La naturaleza y las sociedades se consideran sólo externalidades molestas de las que es mejor prescindir.

### VISIONES DEL MUNDO

**T**al es el origen de los grandes problemas ambientales. La naturaleza, y con ella millones de seres humanos, queda atrapada entre dos fuegos: dinero y producción anárquica, binomio infernal que para subsistir requiere más dinero y mayor producción anárquica, en un círculo vicioso sin fin. Las raíces de ese mal no residen tanto en las prácticas, sino más bien en la teoría que las ha generado. Si es así, para salvar a la Tierra no bastará con reformar las prácticas y se necesitará, en primer lugar, modificar la teoría que las ha generado.

La realidad se puede concebir como unidad y como conjunción con los términos *globalizante*, *totalizante* o *sistémica* y *parcelaria* o analítica. Estas dos concepciones no reflejan modos de ser de la realidad, sino dos modos de verla. Si se antepone la globalidad, como ocurre en las civilizaciones orientales, las partes contenidas en ella se consideran accesorias o secundarias. Cuando se sucumbe a la fascinación de las partes, en cambio, únicamente éstas parecen lo real y el todo se presenta sólo como una aglomeración de partes. Las dos visiones se radicalizan cuando un aspecto desvanece al otro y se diviniza la concepción elegida. Tan pronto como se afirma, la concepción dominante se hará esencial e impregnará hasta las fibras más íntimas de la civilización donde se asiente.

Con Galileo la visión parcelaria se instaló para siempre en el mundo. Como se entiende aquí, vale señalar, no tiene nada que ver con el atomismo. Se trata de una actitud propia del espíritu analítico-cartesiano, destinada a la construcción del objeto científico y que consiste en disgregar en la mente el objeto estudiado en partes elegidas de manera arbitraria, fijar la atención exclusivamente en ella y dejar fuera el resto del mundo. Cuando esta actitud arraiga, se identifica comprensión e inteligibilidad con calidad analítica. Lo complejo atemoriza y se detesta, no sólo por ser difícil de analizar sino sobre todo por no ser fácilmente controlable.

Si bien los científicos no sólo analizan, puesto que también sintetizan y construyen, la reconstrucción sintética no restablece lo artificial a lo natural, ni es equivalente a un regreso al objeto original; es decir, no es una reunión de todas las partes. No puede serlo porque la síntesis del científico analítico consiste en juntar sólo aquellas partes de la realidad que él aisló previamente por medio del análisis. No puede congregarse lo que él dejó fuera, que puede ser mucho.

La aplicación de la ciencia analítica a la explotación del medio natural en la agricultura científica a gran escala constituye, sin duda, un ejemplo paradigmático de dominación y control por medio de la simplificación forzada de una realidad compleja, hipótesis que explicaría la destrucción sistémica de la naturaleza con la visión economicista. El proceso consiste en lo siguiente: primero, mediante el análisis se elimina de la vista del tecnólogo todo lo que pudiera complicar la descripción, la dominación y el control del sistema natural original (bosque, pradera o lo que fuere); ello se consigue al reducir el objeto natural a la categoría muy simplificada de objeto técnico. Una vez en posesión de éste, en la forma de un campo donde se han eliminado la fauna y las malas hierbas, un suelo enriquecido de forma artificial con ciertos nutrientes, semillas de cultivo genéticamente manipuladas, etcétera, el tecnólogo hace una reconstrucción sintética, es decir, recombina los objetos técnicos, pero no los coloca de la manera original, sino que los vincula mediante unos cuantos nexos, en la forma más simple posible. De este modo se construye un sistema de partes, conectadas sí, pero solamente mediante simples relaciones lineales.

El tecnólogo transforma así un sistema natural en un artefacto, que puede ser complicado, en el sentido de constar de muchas partes, pero no complejo. En el nuevo sistema el todo no es más que una simple suma de partes; la dinámica tanto de las partes cuanto del todo están estrechamente acotadas y los mecanismos de control artificial asociados al artefacto impedirá que éste se aparte de la regla. Con ese manipuleo se logra que el sistema artificial resulte por completo determinista, se estacione en un único estado, se pueda describir por medio de ecuaciones lineales, resulte previsible y se conozca todo sobre él. Un sistema así, desde luego, es fácilmente controlable y domeñable. Es claro que la simplificación forzada por medio de la técnica consigue, por tiempos cortos, desvanecer la indeterminación y garantizar el control. Los fundamentalistas económicos extienden este proceso no sólo a todo el ámbito natural, sino también al social. De no mediar firmes medidas de protección, manifiestas en políticas y leyes ambientales, persistirá su intento de transformar lo natural y complejo en artificial y simple.

## DEL REDUCCIONISMO AL FICCIONISMO

El análisis y la reconstrucción sintética son cruciales para el progreso científico, aunque se trate de métodos limitados. Como es mucho más fácil analizar que sintetizar, resulta casi inevitable una hipertrofia del espíritu analítico. Los teóricos acaban suponiendo que la simplificación es siempre posible y surge el reduccionismo que, a su vez, no tarda en convertirse en monismo. Ya Demócrito afirmaba que “sólo son verdaderos los átomos y el vacío”. Al igual que los fundamentalismos, el monismo constituye en esencia una forma de evasión de la realidad, una búsqueda patológica de la simplicidad, como si ésta fuera un valor último.

El reduccionismo pudo instalarse en la cultura occidental ya que la ciencia analítica y la visión parcelaria del mundo asociada, a pesar de su presunta objetividad, admiten la arbitrariedad y la subjetividad. En realidad, más que admitirlas, no pueden escapar de ellas, porque ninguna construcción teórica puede hacerlo. La arbitrariedad se manifiesta tanto en la etapa de construcción del objeto modelo, cuando el científico retiene para su modelo sólo las partes de la realidad que a él le interesan, como en la interpretación, cuando el investigador le impone su propio marco conceptual o sus supuestos previos. Cuando se abusa de estas libertades epistémicas aparece como legítima la construcción de mundos posibles, ficticios por entero. Esta creencia, aceptada por muchos teóricos connotados de la economía pura, como Friedman,<sup>6</sup> equivale a suponer que es irrelevante que las hipótesis de partida de un modelo económico sean válidas o no.

Las vergonzosas contradicciones a que conduce esta filosofía ficcionista se pueden leer, por ejemplo, en el primer capítulo del libro clásico de Kreps, *Curso de teoría económica*.<sup>7</sup> Allí se afirma de entrada que las categorías básicas de la economía son “el actor individual, la conducta del individuo, el marco institucional y el equilibrio”. En la página siguiente se señala que existen “muchos datos que verifican los modelos”, pero se dice que

eso no importa, pues “la conducta del individuo no tiene ninguna importancia”. Respecto a dicha conducta, además, se expresa que es básicamente la de un maximizador, aunque apenas unas cuantas líneas después se señala que “el modelo no presupone que el actor maximice ninguna función de utilidad”. Peor aún, luego se asevera que *sí presupone* que los consumidores actúan *como si* lo hicieran. Esta argumentación no tiene, desde luego, nada de científica.

Se puede alegar que esta anarquía argumentativa, que imbuje la teoría económica pura, se origina en la incapacidad de hacer *lógica* la realidad.<sup>8</sup> Este error proviene de ignorar una diferencia sustancial entre las ciencias formales, la lógica y la matemática, que no se refieren a nada que esté en la realidad, y las ciencias empíricas,<sup>9</sup> que atañen siempre a cosas reales, a hechos que ocurren en el mundo. La verdad de aquéllas, por tanto, resulta huidiza sin remedio. Sus expresiones, sólo validables por la experiencia, son siempre hipotéticas, conjeturales y falsables, en ningún caso verdades absolutas. La doctrina del *como si*, en cambio, imagina posible un acuerdo entre lógica y realidad porque ésta sería, en última instancia, de índole lógica o lógico-racional, lo que no es cierto.

Hay otra manera de construir mundos posibles a la que recurre la economía pura: los obtiene con la ayuda de la definición,



6. Milton Friedman, “La metodología de la economía positiva”, *Ensayos sobre economía positiva*, Gredos, Madrid, 1967.

7. David Kreps, *Curso de teoría económica*, McGraw Hill, Madrid, 1995.

8. Mario Bunge, *Economía y filosofía*, Tecnos, Madrid, 1995.

9. José Ferrater Mora, *¿Qué es la lógica?*, Columba, Buenos Aires, 1960.

esto es, mediante la argucia de hacerla creativa. Sin embargo, este artificio es falaz porque viola la condición lógica de que la definición, una correspondencia entre signos, no puede aumentar el contenido empírico de un sistema; al hacerla creativa, se contravienen reglas medulares de la inferencia deductiva.

No es posible aumentar el conocimiento mediante la inferencia deductiva, que sólo puede preservar la verdad. De una conclusión deductiva no puede emerger nada que no estuviera contenido en sus premisas. Por esta razón la lógica sola no puede mostrar absolutamente nada sobre el mundo, ni es legítimo que, mediante definiciones, se introduzcan nuevas hipótesis referentes a hechos. Pero los economistas puros o axiomáticos, por medio de la definición creativa, es decir, por decreto, confieren existencia a una de sus categorías fundamentales: la del individuo racional maximizador.

Newman, por ejemplo, define al individuo racional como aquel que actúa conforme a los tres axiomas de la teoría de la elección racional: el de comparación, el de coherencia y el de elección.<sup>10</sup> También afirma que un individuo racional siempre seleccionará una clase maximal de un conjunto de alternativas factibles, es decir, será además un maximizador. Pero ésta es una hipótesis nueva, ajena a las tres premisas citadas, que se introduce sin sustento alguno mediante la definición de individuo racional como maximizador.

Con el afán de armar un esqueleto teórico que parezca riguroso, los cultivadores de la economía pura no vacilan en manipular conceptos de la epistemología de la ciencia. Han usado la argucia de tomar dos conceptos diferentes, el de *ley científica* y el de *ley natural*, como si fueran idénticos. Antes de ahondar en ello, es necesario esclarecer la noción metafísica de *universal*. Se trata de un problema muy complejo, para muchos el central de la metafísica, y aún no está resuelto en ningún sentido.<sup>11</sup> La pregunta que lo origina es: ¿el universo está constituido únicamente por entidades individuales o existen también los universales? En un conjunto de cosas azules (camisas, papeles, etcétera), por ejemplo, ¿existen sólo camisas azules o también la condición azul común a todas ellas?

Los realistas radicales sostienen que los universales existen y que las leyes científicas son universales. No todos los economistas puros comparten la primera conjetura, pero sí la segunda. De allí infieren que si las leyes científicas y las leyes naturales son lo mismo, la necesidad de las segundas vale también para las primeras, es decir, que existirían en la naturaleza con independencia de que no se cumplan o no se sepa si son verdaderas o falsas.<sup>12</sup>

Una vez igualadas ley científica y ley natural, se puede identificar la realidad con el modelo que pretende representarla (la ley científica). A partir de ello también parecerá natural transferir las relaciones lógicas que deben existir entre las partes de un modelo a la realidad que se pretende describir con él. Todo este truco equivale a creer que la llamada realidad no es sino una proyección del pensamiento y, por ser éste esencialmente lógico, la realidad también debería serlo. Esta última, en otras palabras, requeriría una lógica, lo cual es falso.

Un ejemplo claro de esta visión logicista lo ofrecen las declaraciones de Solow, otro de los teóricos de la economía pura.<sup>13</sup> A la pregunta sobre si la economía podría subsistir si se agotaran los recursos naturales esenciales, contestó que sí. Tal respuesta resulta absurda desde todo punto de vista empírico, aunque es coherente con su visión logicista de la realidad. En efecto, los economistas puros describen la actividad productiva por medio de las llamadas funciones de producción. Éstas se definen matemáticamente y, mediante la definición creativa, se dotan de la propiedad irreal de que aun si la cantidad de un recurso esencial tiende a cero, la producción media no tiende a él sino a una constante o hasta infinito. Esta situación entraña que su agotamiento no restringirá el producto agregado.

## EL FUNDAMENTALISMO ECONÓMICO Y EL PENSAMIENTO ÚNICO

**A**un fundamentalista se le puede definir como alguien que cree ser el depositario de una verdad establecida para siempre, a la cual se adhiere con celo sacerdotal. Por ello rechaza toda forma de duda científica o escepticismo secular; la autoridad, base de su fe, es inviolable.

En las universidades de los países centrales se ha gestado una curiosa disciplina denominada economía pura, economía axiomática o *económica*, términos que pretenden resaltar su supuesto carácter puramente lógico y axiomático. Como expresa Newman, “el mundo de la económica es un mundo habitado enteramente por [...] gente sintética”,<sup>14</sup> lo cual significa no natural. El mismo autor reconoce que su doctrina, con mucho de definición creativa, “comienza postulando un conjunto de axiomas de la preferencia del individuo típico, para luego, sobre esta base [puramente] axiomática, [...] pasar a estudiar los sistemas generales de asignación, la producción incluida”. Pero no reconoce que

10. Peter Newman, *Teoría del cambio*, Eudeba, Buenos Aires, 1972.

11. John Hospers, *Introducción al análisis filosófico*, Alianza Universidad, Madrid, 1982.

12. Gerald Bakker y Len Clark, *La explicación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1994.

13. R.M. Solow, “Intergenerational Equity and Exhaustible Resources”, *Review of Economic Studies*, 1974, pp. 29-46.

14. Peter Newman, *op. cit.*

a pesar de partir de una postura en apariencia puramente positiva los cultores de la económica pasan a otra en extremo prescriptiva y, como se trata de demostrar adelante, en esencia fundamentalista. Es el carácter por completo formal de la económica, constituida por axiomas que deben considerarse como verdades necesarias, permanentes e independientes del contexto, lo que más satisface a sus seguidores, quienes suponen que la base lógico-axiomática es la que confiere un carácter absolutamente racional a su doctrina y la hace, además, inmune a la crítica. La pretensión de verdad absoluta, la idea de lo económico como lo único real, el discurso económico como base suficiente para alcanzar un conocimiento cierto de la realidad y la pretensión de que éste se puede conseguir sólo con la ayuda de la lógica, por desgracia, son signos indudables de fundamentalismo.

La teoría moderna del conocimiento ha demostrado que no existe el conocimiento cierto, irrefutable y completo acerca del mundo. Todos los intentos de postular tal conocimiento, justificarlo en términos absolutos o alcanzar una total certeza, desembocan en un regreso al infinito, en una lógica circular o en un dogma.<sup>15</sup> Todas las teorías económica puras, por otra parte, comparten una gran despreocupación por la investigación objetiva y una carencia de soporte empírico. Estas características las convierten en lo que Bunge llama economías escolásticas, o sea, en doctrinas basadas exclusivamente en los libros de sus exégetas. Esta adhesión incondicional a la doctrina escrita convierte a la económica en una doctrina literal, rasgo típico de los fundamentalismos religiosos.

Parece claro que la economía axiomática tiene más de religión laica que de ciencia; delatan esta condición su dogmatismo, su adhesión incondicional a principios últimos y su rechazo a la complejidad. También lo revelan su intolerancia frente al pensamiento crítico, su negación a tener en cuenta la realidad social, su insensibilidad moral hacia lo que no encaja en su paradigma y su optimismo histórico, todo lo cual descubre su carácter fundamentalista.

Resulta inevitable preguntarse si este mundo de la economía pura, mundo único de mercados perfectos, equilibrios generales y maximizadores altamente racionales, aparece como el único posible. Si la partícula más simple, el electrón, puede describirse ya como partícula o bien como onda y ambas opciones son correctas, ¿cómo puede la económica pretender que su visión del mundo no sólo es la única posible, sino también la mejor? Esta postura ignora uno de los fundamentos más firmes de la moderna filosofía de la ciencia: ésta no es sino un conjunto de teorías en constante sus-

titución por teorías mejores, con mayor riqueza. Al parecer a los economicistas no les interesa discutir la condición científica de sus doctrinas. Von Mises decía que las teorías económicas son verdaderas *a priori* y alguien más llegó a expresar que si la realidad no se adaptaba a su modelo, tanto peor para la realidad.

Hasta aquí se ha buscado evidenciar el carácter fundamentalista de los economistas puros, habida cuenta de que se puede hacer una serie de analogías significativas entre ellos y los fundamentalistas religiosos. Toca el turno de demostrar algo mucho más serio: que la doctrina económica pura es incoherente. Ello es muy importante. Si bien la coherencia sola no es suficiente para aceptar una teoría o creencia, la incoherencia sí lo es para rechazarlas.

#### LA EPISTEMOLOGÍA DE LA ECONÓMICA: SEUDOCIENCIA E IDEOLOGÍA

Israel y otros autores han demostrado que el sistema de ecuaciones de la llamada *Teoría del equilibrio general*, obra magna de la economía, no admite solución alguna.<sup>16</sup> Desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, esta insolencia significa que en la formulación de la teoría se ha cometido una serie de errores básicos. Por ejemplo, no estarían bien definidos sus referentes o no se conectarían entre sí los conceptos clave o primarios. Pero es innecesario hilar tan fino para desconfiar de un modelo matemático que no admite solución alguna. Basta hacer uso del sentido común. Si se acepta que un modelo matemático, que no es otra cosa que un sistema organizado de fórmulas y conceptos, busca representar simbólicamente alguna realidad (en este caso nada menos que la economía mundial), se debe comenzar por aceptar que esa realidad existe. Por tanto, la primera exigencia a cualquier modelo es que sea capaz de representar por lo menos algunos aspectos de tal realidad. Cuando un modelo matemático, como el del sistema de ecuaciones de la teoría del equilibrio general, no admite solución alguna, significa que no representa nada. Tal modelo muestra que no existe realidad alguna, cosa absurda, pues la realidad, por definición, existe aun en ausencia de modelo.

La pobrísima base epistémica de la teoría pura de la economía constituye un defecto sustancial. En circunstancias normales semejante teoría sería descartada y se le reemplazaría por otra mejor elaborada, pero con la económica no se ha procedido así. Esto se debe a que la teoría económica neoliberal no es como las demás teorías: su contribución a la ideo-

15. Gerhard Vollmer, "On the Limits of Human Knowledge", *Universitas*, vol. 1, núm. 1, 1994.

16. Giorgio Israel, *La mathematization du real*, La Sevuill, París, 1996.

logía es crucial. A pesar de su pretendido carácter positivo en manos de grupos económicos sólo interesados en el lucro, se convierte en el modelo fuertemente prescriptivo que ellos requieren para justificar, en nombre de la ciencia, cualquier medida. Los neoliberales lograron asociar su visión economicista del mundo a la teoría del equilibrio general, al decretar que ésta constituye la descripción científica de aquella. A partir de esas premisas, nada más natural que tratar de imponerla de cualquier manera. Como se trata de una visión de mundo centrada en un único valor, el mercado, y en un solo modelo, la teoría del equilibrio general, no queda lugar para algo más. En el modelo neoliberal basado en la económica, a diferencia de la economía política, no tienen cabida las consideraciones morales, ni la solidaridad, ni la bondad, ni nada que no sea estrictamente económico-racional. Éste es, justamente, el rasgo más claro del totalitarismo, del llamado *pensamiento único*. Con base en supuestos argumentos científicos así la economía axiomática termina justificando una visión totalitaria y absolutista del mundo.

Es necesario esgrimir todos los argumentos posibles en contra de semejantes pretensiones absolutistas. Las razones basadas en la epistemología de la ciencia son especialmente útiles, ya que erosionan ese supuesto carácter científico y abren las puertas a la crítica

Las leyes científicas pueden considerarse también como principios de imposibilidad,<sup>17</sup> es decir, como expresiones de prohibiciones, como declaraciones de que ciertas situaciones empíricas no pueden ocurrir en el mundo real. El segundo principio de la termodinámica, por ejemplo, establece que es imposible construir máquinas de movimiento perpetuo. La teoría de la relatividad afirma que es imposible que los cuerpos materiales alcancen velocidades superiores a las de la luz. Desde esa perspectiva, las situaciones que una teoría prohíbe constituyen una medida de su contenido empírico. Aunque resulte paradójico, ello significa que cuanto más prohíbe una teoría, más probabilidades tiene de ser verdadera, es decir, mejor se corresponderá con los hechos y más difícil será falsearla. A la inversa, cuanto más cosas del mundo afirma una teoría, mayores serán los riesgos de que los hechos la refuten. Ya se indicó que la teoría de equilibrio general no admite solución alguna, o bien, admite un número infinito de ellas. Lo segundo equivale a decir que se permiten *todas* las soluciones posibles, es decir, todo lo imaginable, o que el modelo no prohíbe absolutamente nada. Ello es un disparate pues es evidente que en el mundo real nunca ocurren todas las cosas posibles. Por ejemplo, la lógica no impide que existan caballos alados y nunca

se ha hallado uno. Semejante modelo no puede considerarse científico y resulta inútil, ya que, al afirmar que todo es posible, no permite discernir nada.

Desde cualquier ángulo que se examine, la teoría del equilibrio general muestra serias falencias y se le debería rechazar sin más trámite. Como lo mismo se puede decir de cualquier otra teoría derivada de ella, por basarse en las mismas premisas, se puede rechazar el modelo económico neoliberal en su conjunto, sin temor a equivocación. La teoría económica pura no es más que ideología fundamentalista vestida de ciencia. Sus hipótesis concernientes a la gestión del mundo real carecen de bases científicas sólidas y razonables. Se trata sólo de prescripciones o recetas dogmáticas extraídas de textos considerados sagrados.

Los argumentos en contra del integrismo económico son muchos más y los han esgrimido pensadores de todos los campos. Bunge ha puesto en evidencia la vaguedad de los referentes de la económica.<sup>18</sup> Esto significa que nunca se termina de entender de qué hablan los economistas puros. La microeconomía, por ejemplo, trataría exclusivamente de los individuos, lo mismo que la teoría de la decisión racional, la teoría de juegos y la teoría del consumidor racional. Serían, por tanto, teorías psicológicas. Pero de referirse sólo a individuos, los economistas las extienden a empresas y de allí, sin más, a poblaciones, variables agregadas y conceptos macroeconómicos.

Transferir los rasgos del individuo racional puro a las poblaciones es muy arriesgado y, de hecho, para la economía axiomática constituye un serio desliz porque al proceder así incurre en contradicciones manifiestas. Como los teóricos de la economía pura se concentran sólo en las características económicas del individuo, supuestamente racional, olvidan que el traspaso de características de los individuos a las colectividades lo rechaza otro de los teoremas de la misma economía pura: el famoso teorema de la imposibilidad de Arrow. Según éste la agregación de preferencias individuales para conseguir una preferencia social que sea completa, transitiva, respetuosa de las preferencias individuales y racional, es imposible. De ello se infiere que la teoría de Arrow contradice los postulados fundamentales de la axiomática económica.<sup>19</sup> Según este autor, la tiranía es la única manera posible de transferir las preferencias de un individuo a una sociedad. Por supuesto que es algo que se puede hacer, pero a costa de la racionalidad.<sup>20</sup> Desde tiempo atrás Elster demostró que no se

17. Karl Popper, *La lógica de la investigación científica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1977.

18. Mario Bunge, *op. cit.*

19. Douglas Blair y Robert Pollak, "Decisiones racionales colectivas", *Investigación y Ciencia*, vol. 35, 1995.

20. Jon Elster, "La posibilidad de una política racional", en Olivé León, *Racionalidad*, Siglo XXI Editores, México, 1988.





puede hablar de racionalidad colectiva, término que pierde sentido cuando se refiere a poblaciones. La prueba más ilustrativa de la desconexión entre la micro y la macroeconomía se encierra en una afirmación de los economistas Samuelson y Nordhaus,<sup>21</sup> quienes en el libro de economía más conocido, *Macroeconomía*, manifiestan con inocencia que han impartido la materia en ambas secuencias. Algunas veces abordan primero la macroeconomía y luego la microeconomía y viceversa, con iguales resultados. Semejante situación es sin duda única; a alguien que pretendiera realizar complejas operaciones de neurocirugía del cerebro antes de dominar su anatomía y fisiología, lo considerarían loco.

21. Paul Samuelson y W. Nordhaus, *Macroeconomía*, McGraw Hill, Madrid, 1996.

#### SIMPLIFICACIÓN DE LAS SOCIEDADES Y DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

**A**nte la pretensión de que el mundo es simple, lineal, determinista y ahistórico, cabe preguntarse si las supuestas profecías de la economía, como la del fin de la historia proclamado por Fukuyama, no han sido sino intentos de forzar la verificación de una utopía. Hay indicios de que puede ser así, por lo que a continuación se presentan algunos argumentos que parecen abonar esa hipótesis.

Al criticar al historicismo y lo que denominó *ingeniería social*, Popper<sup>22</sup> fue el primer estudioso en alertar contra el peligro de las profecías que se autocumplen. Los científicos sociales, cuando se asocian a políticos que detentan el poder, pueden obligar a grupos humanos a comportarse de acuerdo con pautas preestablecidas, de suerte que pueden formular predicciones que luego se confirman mediante la fuerza. Estas predicciones tienen como fin único guiar la acción humana y por ello todos los grandes genocidas han hecho un uso sistemático de ellas.

Más o menos el mecanismo es el siguiente: debido a la gran complejidad y a la indeterminación del mundo real, siempre es posible que a una causa teleológica primero se le confunda con la acción planificada y luego se le iguale con ella. Esto ocurre porque, en la acción planificada, la idea del efecto deviene la condición de la causa. Una profecía que se auto-

22. Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.

cumple, por consiguiente, no es una situación tan anómala como se podría pensar. Watzlawik ha dado una serie de ejemplos muy sugerentes<sup>23</sup> y Goebbels utilizó sistemáticamente ese expediente. Con la proyección repetida y sistemática de una meta, en este caso la cosmovisión de la economía, se puede acabar no sólo creyéndola, sino con el convencimiento de que es la única posible.

Gould, entre otros estudiosos, ha demostrado que en el orden natural cuanto en el social las macroestructuras, así como los sistemas ecológicos, emergen de modo intencional a partir de los llamados micromotivos que guían las acciones de los individuos.<sup>24</sup> Sin embargo, debido a la complejidad, es decir, al gran número de posibilidades, a la no linealidad de las interacciones y a la indeterminación, una misma configuración macroestructural es compatible con distintas acciones individuales. En esas circunstancias, el producto final de las etapas evolutivas es muy sensible a las condiciones iniciales. Esta sensibilidad, a su vez, es una manifestación cierta de la presencia de caos en el sistema y ello significa que el orden observado será sólo uno de los muchos posibles. De esta forma, la complejidad es capaz de confinar a una población en equilibrios subóptimos. Este fenómeno, denominado *hiperselección*, es uno más de los efectos colectivos que pueden afectar a múltiples escalas e impiden la previsión *a priori* de fenómenos complejos.

Tales hallazgos son importantes para este trabajo porque demuestran que los efectos de la complejidad limitan drásticamente o, peor aún, imposibilitan, todo pronóstico a mediano y largo plazos. Habría entonces una sola manera de prevenir o escapar de la complejidad. Esta única opción consiste en convertir el orden natural en un orden deliberado y calculadamente construido. Sólo de ese modo el orden final buscado coincidirá con el plan previsto y únicamente así lo racional coincidirá, por fin, con lo real (el sueño de Hegel).

Esta conjetura puede considerarse como un modelo simple de cómo interaccionan, a gran escala, los sistemas económicos marxista y liberal con el ambiente ampliado; es decir, el que incluye a las sociedades humanas. El modelo se sustenta en tres hipótesis: el marxismo y el neoliberalismo, a pesar de sus aparentes diferencias en todo cuanto se refiere a su relación con la naturaleza, muestran grandes semejanzas; la complejidad y la irreversibilidad, ignorancia e incertidumbre asociadas, hacen imposible el cálculo económico y la previsión, y el basamento utilitarista-pragmático común a las dos

doctrinas no es compatible con la idea de conservación. De esto se deduce que ninguna de ellas puede establecer políticas de protección ambiental adecuadas. La visión fundamentalista e hipersimplificada del mundo que caracteriza a ambas doctrinas es, en general, lo que las torna incompatibles con la complejidad del mundo natural-social. Es así no sólo porque tal visión reduccionista y simplista del mundo no tiene correlato real, sino también porque la complejidad ontológica impide la determinación, el cálculo y el control esenciales para la realización de sus modelos. En vista de la manifiesta irracionalidad con la cual se maneja el ambiente y de las terribles catástrofes ambientales en los regímenes comunistas y neoliberales, no es arriesgado suponer que, en condiciones de dominación y para hacer viables sus modelos, los teóricos de ambas ideologías no vacilarán en tratar de eliminar la complejidad natural-social. Si lo consiguen, significaría la destrucción total de la naturaleza.

Un ejemplo paradigmático de este aserto lo constituye la agricultura científica a gran escala. La acusación, sin embargo, no deja de ser terrible y, podría pensarse, aventurada. Exige una fundamentación y a ella se dedica el resto de este ensayo.

## IDEOLOGÍA Y UTOPIA

Horowitz ha descrito en términos generales los rasgos de las utopías socioeconómicas<sup>25</sup> y sus conclusiones pueden aplicarse tanto al marxismo como al neoliberalismo. Las utopías representan esfuerzos racionales, en el sentido de que se elaboran con argumentos, por escapar a toda restricción de tiempo y lugar. Las sociedades utópicas son imaginarias y se planean haciendo abstracción de las restricciones y las desventajas que siempre presenta el mundo real. En analogía con los fundamentalismos, se les puede considerar también como intentos de evasión de las complejidades del mundo natural-social. Los utopistas, en efecto, gustan de poblar su universo con conceptos metafísicos, como planificación o mercados perfectos. Uno de sus supuestos es que las sociedades, para ser racionales, deben ser homogéneas y simples. Las dos doctrinas plantean esa exigencia porque comparten la misma hipótesis de partida. Para los utopistas la perfección, la homogeneidad y la simplicidad son los únicos elementos capaces de inmunizar a sus sociedades imaginarias contra los avatares de la historia, la indeterminación y la incalculabilidad que la evolución y la coevolución imponen.

23. Paul Watzlawik, *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona, 1981.

24. Stephen Gould, "The Spandrels of San Marcos", *Proceedings of the Royal Society of London. Series B*, vol. 205, 1988.

25. Irving Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.

La búsqueda desesperada de simplicidad, simetría, homogeneidad y ausencia de conflictividad es uno de los caracteres más notables del pensamiento utópico de todos los tiempos. En su teoría del Estado perfecto, por ejemplo, Platón sólo considera dos clases: la de los magistrados (armados y educados) y la de los esclavos (desarmados y sin educación). Son realmente notables las analogías entre el modelo platónico del mundo y las consecuencias sociales de empobrecimiento mundial y concentración de poder producto de la aplicación acrítica de las teorías neoliberales. Acaso más que de neoliberalismo, habría que hablar de neoplatonismo. Hitler soñaba con un mundo que sería feliz y eterno por ser muy simple, con sólo dos clases de seres: los arios (educados y armados) y los subhumanos (desarmados y sin educación). En la utopía de Stalin el mundo ideal debería componerse de dos clases: los proletarios (desarmados y con poca educación) y los miembros del partido (armados y educados).

Casi todos los mundos utópicos son simétricos y ordenados, como la república de Platón, la utopía de Moro y la ciudad del sol de Campanella. Este delirio por la simetría puede considerarse como una manifestación más de la búsqueda ansiosa de simplicidad que caracteriza a los utopistas. Pero también demuestra el carácter deductivo, antivital y sobre todo antihistórico de las teorías subyacentes. Una de las marcas de ahistoricidad es justamente la perfección del diseño. Pero es la imperfección el sello indeleble de las vicisitudes históricas.

Las utopías solas, si no son otra cosa que fantasías, no representan un gran peligro; el problema aparece cuando se asocian a ideologías. ¿Cómo se vinculan éstas y aquéllas? Una ideología es un conjunto de juicios de valor, creencias y prescripciones que no se han sometido a escrutinio científico, es decir, a las pruebas de coherencia con otras teorías y correspondencia con los hechos. Por tanto las ideologías son doctrinas que, pese a llamarse científicas, se resisten a someterse a una autovaloración epistémica porque se consideran a sí mismas como formas superiores de conocimiento. Es fácil acoplar una utopía con una ideología, como el mercado, el individuo racional, etcétera, con el voluntarismo romántico utópico por medio de la definición creativa. La argucia consiste en postular que un Estado será racional sólo si es capaz de plasmar la utopía (por asumir de modo incondicional sus valores). Adicionalmente se instituye que, por su condición de racional, un Estado así es el único que puede ser eficaz y lógicamente intachable. Se deduce entonces que rechazarlo sería irracional. Cuando se instala un vínculo tan estrecho entre ideología y utopía, se implanta el totalitarismo. El peligro de esta alianza se origina en la formación de un sistema deductivo circular y autorreferencial, mediante el cual los dos

conceptos se justifican y legitiman uno a otro. Se levanta así una barrera infranqueable a la crítica, como ocurre con el sistema tecnología-economía.

¿Qué tiene que ver todo ello con la supuesta simplificación forzada del sistema natural-social mundial y con su destrucción? La respuesta es que mucho. Uno de los rasgos más notables del utopismo es precisamente su total hostilidad hacia la naturaleza. Aunque muchas utopías se presentan como códigos naturales, es decir, como la encarnación de valores presentes ya en la naturaleza, no hay que dejarse engañar: la utopía es, en realidad, antinatural. Su delirio por la simplicidad y la homogeneidad la traicionan. El utopista coherente querrá remplazar a la naturaleza toda por el artefacto racional.

Los creadores de lenguas artificiales como el esperanto, por ejemplo, pretendían imponerlas con el argumento de que ésa era la única manera de corregir los equívocos, las anomalías y las irregularidades que presentaban las lenguas naturales.

#### RACIONALIDAD TECNOLÓGICA Y DESTRUCCIÓN AMBIENTAL

A partir del análisis se llega a la técnica o reconstrucción sintética y, con ella, a la posibilidad de construir realidades antes impensables. Lo característico del pensamiento tecnológico es su capacidad de establecerse con independencia de otras formas de reflexión. Con base en la técnica, en efecto, se cultiva una forma de racionalidad, la científico-técnica, que en cierta medida se puede separar de las otras. Constituye un caso extremo de racionalidad instrumental que se arraiga en dos etapas: primero se empieza por reducir toda entidad, natural y aun humana, a la categoría de objeto técnico o artefacto; después se aplica a este último un conjunto de prescripciones para garantizar su control.

La sujeción a normas operacionales rígidas que no admiten excepciones es lo más propio de la reconstrucción sintética por medio de la técnica. La peculiaridad más interesante del pensamiento tecnológico es su capacidad de introducir la gestión humana sobre los objetos naturales para transformarlos en objetos técnicos. Al perder su condición natural, los objetos ya no podrán seguir sus propensiones y sólo podrán obedecer a fines impuestos, se volverán pasivos y controlables. El hombre termina por verse a sí mismo como creador, capacidad que hace parecer legítima cualquier pretensión de derechos de dominación y control sobre sus creaciones. Para que el arquetipo se proyecte sin cesar, empero, se necesitan otros instrumentos teóricos. La racionalidad instrumental no es suficiente.

Resultará imperioso contar con una filosofía capaz de justificar el economicismo, modelo de mundo centrado en los conceptos de sistema económico aislado y producción ilimitada. La noción de sistema económico aislado garantizará que la hipótesis de la producción sin límites parezca no sólo posible, sino también lo único deseable; mientras el concepto de orden económico dotará de legalidad a los dos anteriores y viceversa. De este modo la visión parcelaria del mundo instaurará un sistema argumentativo circular, independiente y en apariencia racional, pero en el que los valores y los sentimientos se presentan como anomalías que no hallan algún sitio donde afianzarse.


La secuela más negativa de esta visión parcelaria, del fundamentalismo económico y de la prescriptividad de la tecnología es la pérdida de concepciones fundamentales, como las ideas de significación, sentido y finalidad. Es una consecuencia de que, en un mundo dominado por el ideal economicista-tecnológico, el único sentido posible es el autorizado por los planificadores. Tanto neoliberales cuanto marxistas han buscado atemperar tan trágica pérdida apelando al optimismo histórico, a la promesa de un porvenir en que el hombre, al fin liberado de los miedos y de las servidumbres materiales mediante el dominio de la naturaleza, podrá administrar de modo racional a la sociedad.

Tal aspecto es esencial para comprender la relación entre fundamentalismo económico y la naturaleza, ya que los partidarios del primero y los teóricos de la economía pura atribuyen a la complejidad natural los problemas que arrastran a la ansiedad, el miedo y la resistencia. Esta mezcla de odio y temor por el mundo natural, otro talante que comparten marxistas y neoliberales, se origina en la percepción de que los modelos de mundo propuestos no pueden dar cuenta de la variedad y complejidad de lo natural, insuficiencia que hace imposible la gestión analítica de la naturaleza. En esas condiciones pierden todo sentido las nociones de mercado perfecto y producción sin límites, las más caras para la economía pura. Frente a ello, sólo le queda una salida al fundamentalismo económico: emprender a escala mundial un proceso sistemático de eliminación de complejidad encaminado a borrar todas y cada una de las estruc-

turas colectivas que puedan obstaculizar la lógica pura de los mercados y del crecimiento ilimitado. Como corolario, las ideas de nación, región y culturas específicas deberían desaparecer.

Pero eso no es suficiente y, conforme a las teorías del equilibrio general (o la marxista de la planificación perfecta), sería necesario simplificar también la naturaleza, fuente de todas las externalidades que causan los trastornos. La opción postulada es mercantilizar lo natural, con lo que ya no queda nada externo al capital. Esta actitud encierra las más funestas consecuencias para los hombres y el ambiente, pues ello equivale a instituir que no existe una naturaleza digna por sí misma de ser preservada. En otras palabras, el concepto de valor intrínseco, asociado a lo natural, no representaría más que pura metafísica.

El dominio y el control resultan mucho más eficaces si parecen legítimo, o sea, si se convierte a sus acciones en sujetos de un sistema de valores y normas compartido por un auditorio; cuando se gana, la legitimidad abre paso a la conformidad. Para legitimar el dominio y el control por una doctrina economicista se requieren una ética de fines y una teoría con aspecto de científica, para proveer de cierta racionalidad a la primera. El utilitarismo clásico es la base ética buscada, mientras la teoría de la mano invisible del mercado es la científica. Con ellas el sistema de la económica adquiere integridad y madurez; la ética utilitaria guiará la acción hacia los fines individuales, en tanto que la mano invisible del mercado certificará que el mejor modo de conseguir el bien común es que cada uno se procure sus propios fines.

En esas condiciones, finalmente, se cierra el círculo. Como en la ética utilitaria no cabe la noción de valor intrínseco, esencial para justificar cualquier política de protección de la naturaleza, y puesto que el proceso de simplificación forzada de la misma sólo puede conducir a su aniquilamiento, porque la ecología no puede persistir sin la complejidad, se concluye que el fundamentalismo económico y la protección de la naturaleza son dos paradigmas mutuamente excluyentes, divergentes y sin conexión posible. La situación es clara y se puede resumir en la disyuntiva naturaleza o económica. Las dos juntas, imposible. 

# ESTABLECE CONTACTO CON LOS MEJORES IMPRESORES NACIONALES EN

expo  
imprima  
2002



méxico bien impreso

## Y FORMA PARTE DE UN MÉXICO BIEN IMPRESO

### 6,7 Y 8 DE MARZO, 2002

Exhibimex, San Pedro de los Pinos  
Calle 16 No. 22, Ciudad de México

Informes:

Tel: 52 73 27 21

Fax: 52 73 24 75

e-mail: [ntrejo@origina.com.mx](mailto:ntrejo@origina.com.mx)

[mcazares@origina.com.mx](mailto:mcazares@origina.com.mx)

[www.expoimprima.com](http://www.expoimprima.com)

EXHIBIMEX

Origina